

El humanismo no protege: Las memorias escolares de Alfred Andersch

CHRISTIAN ROITH

Universidad de Almería

Una clase del catedrático Forster. El catedrático de instituto Forster entró en el aula. Exactamente a las ocho y cuarto en punto. Todas las conversaciones entre los alumnos se acabaron inmediatamente y nos levantamos silenciosamente para responder al saludo del profesor. Después de escuchar el golpe seco que produjo su cartera cargada, al colocarla sobre la mesa, y su buenos días, clase», le contestamos con un disciplinado «buenos días, señor catedrático». Nos sentamos. Siempre dos alumnos compartiendo una mesa, las mesas ordenadas en tres filas. Hasta el año pasado, no habíamos podido disfrutar de este lujo; teníamos que compartir unos antiquísimos banquetillos fabricados de una pieza en los que nos costaba cada vez más acomodarnos. Al fin y al cabo, ya habíamos alcanzado la adolescencia y medíamos tanto o más que muchos profesores. Pero ningún alumno pensó en su comodidad física en este momento, estábamos preocupados por nuestro bienestar psíquico. Casi todos los alumnos habían notado, casi al instante de sentarnos, este brillo asesino en los ojos de nuestro profesor, un brillo, que incluso los gruesos cristales de sus gafas no podían esconder. 'El Forster' iba en búsqueda de sangre fresca, como un vampiro hambriento, lo sabíamos, ya unos momentos antes de escuchar su «esta mañana, examen oral».

A todo el mundo nos hubiese gustado ser invisibles por un momento, al menos ante los ojos del monstruo que nos estaba amenazando. Forster tardó poco en elegir a su víctima: «Elmar». Se dirigió a un alumno rubio y delgado de la tercera fila, «haga el favor de levantarse y traducir el primer párrafo de la nueva lección.» Con una expresión de dolor intenso, nuestro compañero se levantó cogiendo el libro entre sus manos. Pareció encontrarse en estado de shock, estaba muy pálido, pero todavía reaccionaba. Me quedé un poco sorprendido cuando escuché reproducir a Elmar, con voz entrecortada, su versión, quizás poco elegante, pero más o menos correcta, del texto de Cesar: «Cuando los cónsules tenían el escrito de Cesar en sus manos...» Al terminar, sus ojos azules buscaron la aprobación del catedrático, una esperanza que se vio rápidamente truncada. «No ha estado mal, Elmar, sobre todo, teniendo en cuenta que Usted es un estudiante de latín bastante mediocre.» Se detuvo un momento, dejó de fijarse en su víctima y le habló a toda la clase, con aire pensativo: «Bueno, me han dicho que existe gente feliz en este mundo que no tiene ni idea de latín.» Con una corta y seca carcajada concluyó sus disparatadas reflexiones y volvió a su tarea. «Vamos a ver, Elmar, seguramente me podrás indicar el modo verbal utilizado en 'ut in senatu recitarentur'.» Algo dubitativo, casi como si se estuviese preguntando en vez de contestar a una pregunta, Elmar dijo: «Subjuntivo.» «Correcto, Elmar.» Sin embargo,

«Vamos a ver, Elmar, seguramente me podrás indicar el modo verbal utilizado en 'ut in senatu recitarentur'.» Algo dubitativo, casi como si se estuviese preguntando en vez de contestar a una pregunta, Elmar dijo: «Subjuntivo.» «Correcto, Elmar.» Sin embargo, el estilo poco decidido de su alumno le animó a volver al ataque.

el estilo poco decidido de su alumno le animó a volver al ataque. «Y ahora informamos sobre el valor de 'ut' en 'ut superioribus fecerint temporibus'.» «En este caso, 'ut' tiene un valor comparativo», dijo Elmar sin dudarlo demasiado y añadió «como Usted podría haber deducido de mi traducción.» Con este pequeño comentario Elmar había firmado su sentencia de muerte. Para nosotros, no tenía sentido, no entendíamos por qué Elmar se suicidó de esta manera – quizás la fuerte tensión y su deseo inconsciente de terminar el sufrimiento lo antes posible. De nuevo brillaron los ojos del catedrático esgrimando una malig-

Resumen

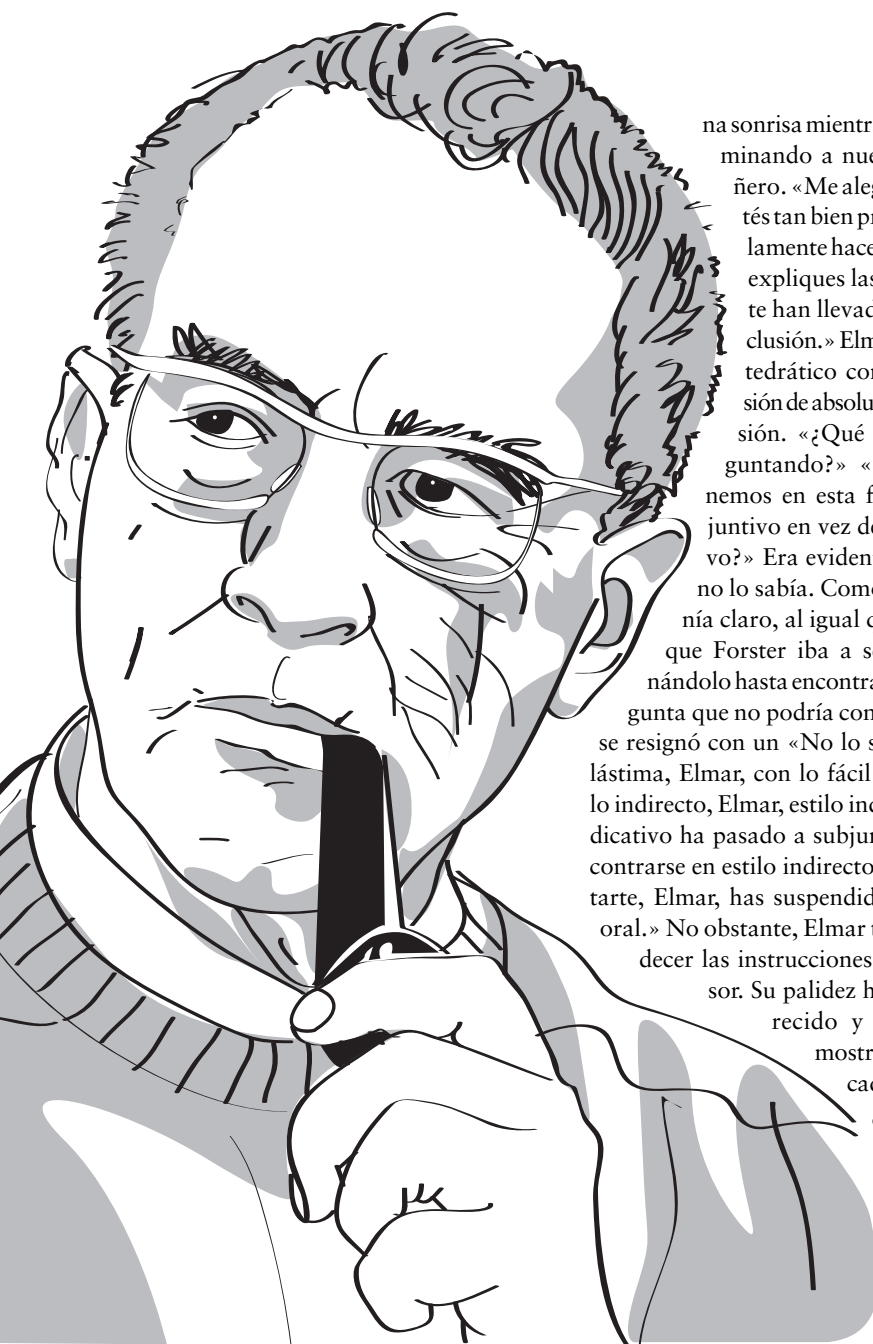
Se interpretan dos fuentes de memorias escolares, los recuerdos del escritor Alfred Andersch, que los condensa en su novela «El padre de un asesino», y las memorias personales del autor. Ambientadas ambas memorias en el mismo instituto de educación secundaria en Múnich, constituyen un material idóneo para realizar una comparación histórica, sobre todo en referencia al contexto entre estructuras de instituciones educativas, la personalidad de sus profesores y acontecimientos históricos. Aunque algunos elementos del autoritarismo del año 1928 y de la época dictatorial posterior seguían vivos en 1978, se puede constatar que el paso del tiempo había tenido sus efectos sobre las normas que determinaban el comportamiento de los profesores, en el sentido de que las acciones agresivas de profesores contra sus alumnos en 1978 fueron más limitadas que en 1928. Además, queda la sensación de que las condiciones de una sociedad enferma se reflejan en su sistema escolar y de que los fenómenos de autoritarismo, antisemitismo y frustración social, presentes en 1928, constituyeron un caldo de cultivo para originar la catástrofe histórica del holocausto.

Palabras clave: Alfred Andersch, memorias escolares, autoritarismo, antisemitismo, nacionalsocialismo, holocausto.

Summary

Two sources of school memoirs are interpreted, the records of the writer Alfred Andersch, who condenses them in his novel "The Father of a Murderer", and the personal memoirs of the author. Both memoirs refer to the same secondary school in Munich and constitute an ideal material for a historical comparison, above of all in reference to the context between the structure of educational institutions, the personality of their teachers and historical events. Even though some elements of the authoritarianism in 1928 and the following dictatorship were still alive in 1978, the course of time had had its impact on the rules, which determined the teachers' behaviour, in the sense that aggressive actions of teachers against their students were more limited in 1978 than in 1928. Furthermore, the impression remains that the conditions of a sick society are reflected in its school system and that the phenomena of authoritarianism, anti-Semitism and social frustration, which were present in 1928, constituted a fertile soil in order to cause the historical catastrophe of the holocaust.

Key words: Alfred Andersch, school memoirs, authoritarianism, anti-Semitism, national socialism, holocaust.



na sonrisa mientras seguía examinando a nuestro compañero. «Me alegro de que estés tan bien preparado. Solamente hace falta que nos expliques las razones que te han llevado a esta conclusión.» Elmar miró al catedrático con una expresión de absoluta incompreensión. «¿Qué me está preguntando?» «¿Por qué tenemos en esta frase un subjuntivo en vez de un indicativo?» Era evidente que Elmar no lo sabía. Como también tenía claro, al igual que nosotros, que Forster iba a seguir examinándolo hasta encontrar alguna pregunta que no podría contestar. Elmar se resignó con un «No lo sé.» «Ay, qué lástima, Elmar, con lo fácil que es. Estilo indirecto, Elmar, estilo indirecto. El indicativo ha pasado a subjuntivo por encontrarse en estilo indirecto. Puedes sentarte, Elmar, has suspendido el examen oral.» No obstante, Elmar tardó en obedecer las instrucciones de su profesor. Su palidez había desaparecido y sus mejillas mostraban un marcado color rojo.

¿Traduciendo bien un párrafo completo, contestando bien a dos

preguntas, y después un suspenso? «Usted, señor catedrático», sonó la voz clara de Elmar, «es un sádico.»

Se hizo un silencio, un absoluto silencio... Por primera vez, un alumno le había dicho a la cara al catedrático Forster lo que todos pensábamos de él. Pero este silencio duró no más de una décima de segundo, porque todos empezamos a reír a carcajadas, tan abierta y descaradamente que hasta nuestro torturador no pudo evitar acompañarnos en nuestra alegría.

Comentario intermedio: Memoria personal y colectiva

¿Qué es lo que convierte este pequeño recuerdo de una clase en un *Gymnasium*¹ a finales de los años setenta en un material que puede servir para la reflexión sobre los contextos entre estructuras de instituciones educativas, la personalidad de sus profesores, en particular, sus inclinaciones sádicas y acontecimientos históricos? Como toda memoria personal posee una cierta verdad que cumpliría con el criterio de lo intersubjetivamente aceptable no solamente por parte de los testigos directos —que recordarían seguramente el episodio, a pesar de que algunos detalles son el resultado de una reconstrucción posterior— sino que trasciende este círculo, constituyendo una experiencia prototípica para una persona que ha visitado un instituto de educación secundaria con las características mencionadas en la época en cuestión. Lamentablemente, la experiencia del enfrentamiento con un profesor que aprovecha el poder que le otor-

ga una institución educativa para vivir su sadismo, encontrando placer en la humillación de los alumnos que le están encomendados, no es un fenómeno poco frecuente. Sin embargo, la forma de ejecución de estas crueldades refinadas, varía a lo largo de diferentes épocas históricas, dependiendo en gran medida de las posibilidades existentes en los sistemas educativos de cada época. Asimismo, la investigación de esta variación formal y también la de las diferencias en las consecuencias personales que se derivan de cada acción educativa agresiva, se presentan como una empresa interesante desde el punto de vista de su análisis, y, es por ello, que el párrafo anterior puede servirnos como referente para su comparación histórica.

Esta comparación histórica es posible gracias a la existencia del testimonio de otra clase que se realizó en el mismo edificio, pero unos cincuenta años antes: me refiero a la novela corta *El padre de un asesino* de Alfred Andersch, un ex-alumno del Wittelsbacher Gymnasium en Múnich, al igual que el autor de estas líneas, que refleja con una calidad literaria extraordinaria los acontecimientos que ocasionaron su expulsión de este instituto elitista. Si la historia del instituto —probablemente desconocida por los alumnos²— constituye la base sobre la que se desarrollan las acciones referidas en el primer párrafo, influyendo directamente en el comportamiento de las personas que participan en la escena, existe, en el relato de Andersch, redactado con el conocimiento de los años ochenta del siglo pasado, una referencia no explícita, y quizás, por esto, aún más siniestra, a la mayor catástrofe de la historia alemana: el holocausto. El olor a millones de personas gaseadas y quemadas en los campos de exterminio flota por encima de esta historia, la historia de una clase que termina de un modo tan desagradable, con la expulsión de dos alumnos como consecuencia del sadismo del director de la escuela. No obstante, la inmensa densidad de la argumentación³ de Andersch merece un resumen comentado de su novela corta, también con la intención de llevar a cabo la comparación mencionada anteriormente. Y otra cosa es necesaria: revelar el apellido del director del Wittelsbacher Gymnasium en los años veinte. Fue Himmler. Gebhard Himmler.

Elementos de unas memorias escolares en forma de novela corta

Andersch relata en su novela corta los acontecimientos que se desarrollan durante unos 45 minutos de clase en el Wittelsbacher Gymnasium del año 1928, utilizando su alter ego Franz Kien. Al inicio de una clase de griego entra el director de la escuela, al que los alumnos llaman Rex³, con el objetivo de proceder a una inspección inesperada. No solamente la referencia al comportamiento formal de los alumnos y de su profesor, el Dr. Kandlbinder, ante el director, sino también la descripción de Andersch de este último como una persona provista de un físico imponente en la que, asimismo, destaca su naturaleza calculadora y precisa, consigue remarcar el poder de la figura del director. Al principio, el director deja actuar al profesor de la clase y a su mejor alumno, hasta que descubre, por unos breves comentarios sobre el contenido de esta representación, la estrategia de evitar un examen en profundidad. El aumento de su intervención en el desarrollo de la clase es gradual, después de haber mostrado su falta de interés por los conocimientos del alumno más destacado de la clase, permite que Kandlbinder elija al segundo alumno y le someta a otro examen. Sin embargo, la elección del profesor es errónea, como nos cuenta Kien. El alumno Konrad Greiff es un estudiante de griego excelente —razón por la que Kandlbinder le elige— pero, por otra parte, el alumno se muestra poco inclinado a aceptar las estructuras jerárquicas del instituto, tal y como tanto el director como el profesor esperan. Al levantarse, se atreve a contestar la orden de su profesor con un «con mucho gusto, Dr. Kandlbinder», en vez de seguir las instrucciones silenciosamente. Antes de seguir con el relato de los acontecimientos, Andersch/Kien informa al lector sobre un enfrentamiento que se había producido recientemente entre este profesor y Greiff. Este último había insistido ante Kandlbinder en el uso de su apellido aristocrático completo «Von Greiff», una pretensión que le había enfurecido lo suficiente para abandonar la clase, pero que no le llevó a sancionar al alumno rebelde. No obstante, tal y como nos cuenta el autor, Greiff nunca había destacado su condición de aristócrata ante sus compañeros de clase.

Evidentemente, esta humilde retrospectiva tiene el objetivo de mostrar al lector la idiosincrasia de la sociedad alemana y la de sus estructuras jerárquicas a finales de los años veinte, en las que el conflicto persistente entre la clase burguesa —que de hecho está en el poder, pero cuya revolución había fracasado estrechamente en el siglo XIX— y los aristócratas, cuya legitimación quedó fuertemente dañada después de la Guerra Mundial perdida, sigue reflejándose.

La reacción del director es inmediata:

Andersch relata en su novela corta los acontecimientos que se desarrollan durante unos 45 minutos de clase en el Wittelsbacher Gymnasium del año 1928, utilizando su alter ego Franz Kien.

utilizando el apellido completo del alumno, le recuerda las reglas que debería haber respetado para dirigirse a su profesor. Cuando se da cuenta de que el alumno sigue resistiéndose a aceptar su superioridad, el director le enfurece más, primero con la sanción de una hora de retención y un comentario sobre la disciplina militar que haría falta a Greiff —lamentándose también sobre las limitaciones actuales del ejército alemán, cuya fuerza estaba limitada a 100.000 hombres en consecuencia del tratado de Versalles— y al final con la cita «Quod licet Jovi, non licet bovi», refiriéndose a la desobediencia de Greiff al dirigirse a su profesor con su título académico y su apellido. El adolescente, enfurecido, intenta defenderse de esta humillación y espetta al director «soy un barón de Greiff y Usted nada más que un señor Himmler». El director reacciona tranquilamente, pe-

ro ya a sabiendas de que no podrá doblegar la voluntad de Greiff, por lo que el episodio termina con la expulsión del alumno por comportamiento indebido.

En este momento, el director se convierte en el protagonista absoluto de la inspección, eligiendo él mismo al alumno al que sometería a examen. El lector no sabe, si el viejo Himmler había empezado su inspección con la intención de relegar a Greiff; tenemos que sospechar que Kandlbinder le había informado sobre el comportamiento poco respetuoso de este alumno, pero no queda claro, si existió o no, la intención previa, por parte del director, de aprovechar la ocasión en este momento concreto para sancionar la falta del joven aristócrata. Por otra parte, cuando «Rex» llama a



Alfred Andersch

Kien para examinarle, no cabe duda de que lo hace como consecuencia de una decisión tomada con anterioridad. Andersch utiliza la transición que se ocasiona tras el primer punto de inflexión de su historia —la discusión entre el director y Greiff y la expulsión de este último— para exponer unas reflexiones sobre la personalidad de los dos Himmler y la relación entre ambos. Kien recuerda las palabras de su padre, un capitán excombatiente de la Primera Guerra Mundial que sufre de las consecuencias de una herida contraída en esta contienda, sobre el joven Himmler:

El joven Himmler... es un hombre excelente, seguidor de Hitler, pero no unilateral... el más listo, el más fiable, tranquilo, pero muy decidido... tiene una enemistad mortal con su padre, porque el viejo Himmler pertenece al Partido Popular Bávaro, negro hasta los huesos, cree que es un hombre nacional..., pero ni siquiera es antisemita, no le molesta relacionarse con judíos, imagínate, ¡con judíos!, por esto su hijo ha roto las relaciones con él, el joven Himmler nunca se sentaría en la misma mesa que judíos, jesuitas y masones (Andersch 1993: 60).

Por otra parte, el viejo Himmler es peligroso, ambicioso, alguien que busca siempre el contacto íntimo con la alta sociedad católica de Múnich. Evidentemente, es posible que el autor se limite a reconstruir literalmente las opiniones de su padre en el año 1928; pero tanto el lector actual como el escritor Andersch en 1980, conocen los cruentos crímenes cometidos y organizados por Heinrich Himmler, de tal manera, que se puede sospechar, que la reproducción de esta referencia positiva al carácter del futuro asesino tiene también la intención de comentar y explicar las razones por las que los nacionalsocialistas pudieron hacerse con el poder absoluto en Alemania, solamente unos cinco años después de los acontecimientos relatados. Las ideas políticas del padre de Franz Kien —una mezcla de nacionalismo, militarismo, antisemitismo y fe cristiana, acompañadas por el sentimiento de la humillación personal a causa de la injusta derrota en la guerra— son compartidas por una parte de la población, que se traduciría en años venideros en un porcentaje considerable de votos a favor del NSDAP, aunque no generarían una mayoría absoluta⁵. Después, los nacionalsocialistas supieron conquistar y cimentar el poder, aprovechando el apoyo popular existente y la legalidad vigente, persiguiendo y matando simultáneamente a sus enemigos políticos. Sin embargo, una de las razones que explican «el hecho sorprendente de que la élite de un pueblo culto se someta a unos asesinos en serie» es «que al principio parecieron... unos idealistas altruistas que hubiesen dedicado su vida al servicio de su pueblo, habiendo cometido algunas irregularidades» (Schwanitz 2000: 229), una equivocación que también el padre de Franz Kien comete.

La novela continúa con una breve intervención del viejo Himmler en la que obliga a un alumno a quitarse una pequeña cruz gamada de su chaqueta, obligación fundamentada oficialmente en la prohibición de exhibir símbolos políticos en clase, pero en secreto, motivada por la rabia del director contra los nacionalsocialistas que le habían robado a su hijo - siempre según las reflexiones de Kien. A esta altura del relato, el protagonista manifiesta, siempre en un estilo muy sencillo, típico de un chico de 14 años, su incompreensión por el antisemitismo, ya que tiene un buen amigo judío, y su falta de interés por Hitler, cuya cara le parece «estúpida y mediocre». Estas reflexiones de Kien se ven inmediatamente interrumpidas, cuando el director le llama para examinar sus conocimientos de griego.

A partir de este momento, el director Himmler celebra paulatinamente la destrucción de la carrera escolar de Kien. Le ordena la traducción de una frase sencilla al griego y su escritura en la pizarra, un examen que Kien no puede superar. Simultáneamente, muestra su superioridad sobre el profesor de la clase, criticando la complejidad de la gramática utilizada y exponiendo unas reglas sencillas que incluso Kien es capaz de comprender. Andersch no destaca solamente la acción sádica del director —sin usar este concepto, pero en sus reflexiones deja al descubierto, cómo Himmler se deleita con la humillación de su alumno— sino que reconoce también su propia incapacidad de cumplir con las exigencias del instituto. Al diagnóstico del director que le describe como un alumno «que podría si quisiese, pero no quiere» sigue la reflexión de Kien/Andersch sobre la cuestión de por qué no quiere. La respuesta a esta cuestión en la novela no es muy concluyente, pero uno de los puntos a los que el autor hace referencia es el desconocimiento por parte del alumno de sentimientos como la alegría o el amor, hecho que le confiere una falta de motivación para esforzarse. A continuación, el director se apresura a destrozarse cruelmente la esperanza de Kien de que su examen no concluya trágicamente ya que lo tilda de «inteligente pero perezoso».

Himmler rechaza la propuesta de Kandlbinder de organizar clases particulares para Kien, ya que su padre no podría pagarlas; también aprovecha esta oca-

sión para informar en público que Kien había sido liberado de pagar la matrícula. El director había aprobado la solicitud del padre respecto a la exención del pago de la cuota para hacer un favor a un oficial altamente condecorado, a pesar de que se suele conceder solamente a alumnos brillantes. El monólogo del director concluye con una pregunta mordaz en la que consulta a Kien por el estado de salud de su padre, cuestión, a la que éste contesta haciendo referencia al delicado estado de salud que mantiene desde hace tiempo. No obstante, el director no muestra misericordia por este hecho y termina la carrera escolar de Kien y simultáneamente la de su hermano con estas palabras: «Oh, lo siento. Además no se sentirá mucho mejor, cuando se entere de que sus hijos no son aptos para la formación en escuelas superiores⁶.»

Sorprendentemente, la reacción del padre de Kien no es tan negativa como Franz teme. Por una parte, debido a su enfermedad que le ha restado energía, por otra, porque interpreta la acción de Himmler como fruto de su envidia —Kien padre posee la condecoración «cruz de hierro de primera clase»— por lo que se resigna aceptando la expulsión de sus dos hijos.

El «Wittelsbacher Gymnasium» en memorias escolares de 1928 y 1978: una comparación

Antes de reflexionar sobre la interesante cuestión que se deriva de la estructura institucional del *Gymnasium* de 1928, en particular con referencia a las posibilidades y límites que ofrecía para la realización de actos sádicos por parte de docentes y dirección, y el desarrollo hacia la barbarie absoluta que Alemania sufrió en los años siguientes, parece prometedor investigar las similitudes y diferencias que se produjeron en este instituto entre los años 1928 y 1978 en diferentes aspectos, aprovechando como fuente el producto literario y la experiencia propia. El marco teórico y, en consecuencia, las categorías básicas utilizadas para elaborar esta comparación histórica se orientan principalmente en los trabajos de Foucault. En su obra «*Vigilar y castigar*», Foucault parte de la categoría básica *poder* para investigar el papel de las ciencias humanas en la construcción de tecnologías modernas de dominio; una tecnología fundamental en este contexto constituye el examen, cuyas di-

ferentes manifestaciones históricas son el objeto principal de los recuerdos personales presentados en la introducción y la obra literaria resumida. Tanto en 1928 como en 1978 y probablemente también en la actualidad, las relaciones de poder dentro de la institución se manifiestan en toda su esencia en el acto del examen. El examen divide a las personas presentes en un aula escolar entre los que tienen el poder de definir a los demás, de asumir el papel del «profesor-juez» y emitir un juicio, y los que son el objeto pasivo de este acto. La subordinación de las actividades dentro de la institución escolar a los requerimientos del examen, constituye también una similitud entre 1928 y 1978 en su calidad de fenómeno que persiste dentro de los institutos alemanes de educación secundaria: los profesores destacan la importancia del contenido actual de su materia para el próximo examen, mientras que los alumnos se esfuerzan en averiguar lo que es relevante para el examen y en aprenderlo, sin que este aprendizaje tenga un sentido más allá de la satisfacción de los requerimientos de la institución y de su sistema de poder.

Evidentemente, la enseñanza de ciertas materias como latín y griego, por ejemplo, genera también un determinado conocimiento para los alumnos, pero los escasos recuerdos que un adulto posee de aquellas materias que perdieron su importancia después de terminar la escuela, indican que su propósito fundamental es distinto a la transmisión de conocimientos: más bien se trata del uso de estas materias como instrumentos para el ejercicio de poder, para enseñar obediencia a los alumnos, para enseñarles a aprender lo mandado, sin tener en cuenta si el objeto del aprendizaje tiene sentido para el alumno o no. Quizás podemos entender el comentario de Kien de que no experimentó «ni amor, ni alegría» en el instituto como una consecuencia de esta característica de la enseñanza, es decir, como un reacción emocional a la idiosincrasia del sistema escolar de su época.

Amor y alegría tampoco fueron emociones que los alumnos de 1978 experimentaron con mucha frecuencia en su instituto, pero no estuvieron tan absolutamente ausentes como en 1928 para el alumno Andersch. Esta diferencia se debe probablemente a los pequeños cambios que se produjeron en los cincuenta años que median

entre estas dos fechas. Incluso en el conservador estado de Baviera, administrador del Wittelsbacher Gymnasium, se había producido una cierta relajación de las estructuras jerárquicas en la sociedad que se reproducía también en sus escuelas. Muy pocos profesores —entre ellos por ejemplo el profesor Forster— conservaron algunos de los formalismos que Andersch nos relata. Levantarse y saludar al principio de la clase fue uno de los formalismos, en los que insistían los profesores más conservadores, pero la regla de dirigirse a un profe-

En el sentido de Blioumi, el modelo de interculturalidad se aplicaría delimitando un segmento de la producción literaria, una minoría discriminada positivamente formada por un elenco de autores con una aportación sociológica determinada, temas, estilo y topografía de origen propios.

sor usando exclusivamente su título y nunca su apellido había desaparecido. Al rígido Sr. Forster nos dirigíamos tanto con un «Sr. Profesor» como con un «Sr. Catedrático» —esto lo limitamos sobre todo a situaciones formales que se presentaban en los exámenes— y la mayoría de las veces utilizamos su apellido.

A pesar del habitual clima de miedo a los exámenes por parte de los alumnos, debido a una presión selectiva muy alta —sólo aproximadamente el 50% de los principiantes en el instituto en los años setenta llegaron a los exámenes finales sin repetir una clase y también los abandonos eran muy frecuentes— era inimaginable que un alumno fuese expulsado del instituto como el resultado de uno solo comportamiento indebido o de un solo examen suspenso. El suspenso de un examen oral podía resultar una experiencia desagradable, pero no

tenía demasiada importancia para la nota final en la materia que se determinaba principalmente por los frecuentes exámenes escritos que se realizaron bajo una estricta vigilancia. No obstante, también este sistema produjo sobre todo en algunas materias impartidas por determinados profesores —por ejemplo el catedrático Forster mencionado— un número considerable de repetidores de curso y de abandonos escolares.

La mayor diferencia entre el Wittelsbacher Gymnasium de 1928, tal y como nos lo relata Andersch, y de 1978, reside, sin lugar a duda, en el papel del director del instituto. El «Rex» del año 1978, un profesor de matemáticas y ciencias naturales, miembro del partido cristiano-social que gobernaba en Baviera, no realizó nunca ins-

tación política totalmente diferente, fue muy cordial y nunca mostró un afán de mostrar su superioridad como lo hizo su antecesor de 1928. En general, se podría diagnosticar que los síntomas de una sociedad altamente jerárquica que Andersch observa en el instituto de 1928 —el poder absoluto del director del instituto que expulsa a los alumnos a su antojo, la insistencia en su superioridad sobre profesores y alumnos, el conflicto entre la clase burguesa y la aristocracia— había desaparecido casi por completo en 1978, probablemente como consecuencia de la paulatina democratización de la República Federal de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, y en particular, como resultado de los cambios sociales iniciados después de la revuel-

años antes de los últimos exámenes. También existía, por aquel entonces, un número sorprendentemente alto de apellidos aristócratas. Tratándose oficialmente de un instituto público y gratuito, administrado por el estado, y, en principio, accesible para todo el mundo, fue posible derivar del comportamiento y de los comentarios de muchos profesores una definición del instituto tildándola de escuela elitista, pero no exclusivamente en un sentido de adquisición de méritos académicos, sino también por una tendencia a tener en cuenta la descendencia social de los alumnos a la hora de evaluar sus rendimientos, dando preferencia a hijos de aristócratas y académicos.

La procedencia social y las actitudes políticas de los profesores de 1978 coincidían ampliamente con las de los padres de sus alumnos. Hubo una mayoría claramente conservadora y un gran número de miembros del partido cristiano-social, aunque a veces no solamente por razones ideológicas. Algunos afiliados al CSU⁷ pagaron sus cuotas probablemente también con la esperanza de acelerar de esta manera su promoción profesional que dependía en gran parte de las decisiones de funcionarios con la misma orientación política. Desde esta perspectiva no parece casual que tanto el director como su suplente fuesen militantes de este partido. Además de los profesores abiertamente conservadores hubo algunos, aproximadamente el 35%, que evitaron todo tipo de comentarios que hubiesen permitido conclusiones sobre sus simpatías políticas, y también un grupo muy reducido de profesores que confesaron su afiliación al partido socialdemócrata u otras tendencias de izquierda. Dos profesores se atrevieron incluso a participar en una manifestación pacifista, lo que supuso una acción bastante arriesgada para un funcionario público bávaro en tiempos de crispación social sobre el curso a seguir en materia de defensa nacional y de «*Berufsverbote*»⁸ contra afiliados o simpatizantes del partido comunista.

En general, parece que el profesorado muniquense de la Alemania Federal democratizada de 1978 mostraba una diversidad ligeramente mayor que sus antecesores de 1928, en lo que se refiere a las convicciones políticas, a pesar de la existencia de una cierta similitud por la preferencia por una ideología católica conservadora, coincidente con los partidos que



El Wittelsbacher Gymnasium en Munich.

pecciones de sus clases y profesores a la manera del viejo Himmler. Sus intervenciones en la vida cotidiana de los alumnos se limitaron a felicitaciones ocasionales a aquéllos que habían obtenido las mejores notas en ciertos exámenes y a su presencia en algunas clases que servían como modelo a los profesores en prácticas y suponían una condición previa a su admisión al segundo examen estatal. Evidentemente, también cumplía con su papel de representar a la escuela en los solemnes actos de apertura y cierre del curso. Su trato con los profesores del instituto, sobre todo con uno de su misma edad, pero de una orien-

ta estudiantil de 1968.

Es interesante que se produjera esta relajación de las costumbres sociales en comparación con las imperantes en 1928 a pesar de que el instituto de 1978 mostraba similitudes en muchos aspectos con su antecesor. Los alumnos de los años setenta procedían casi exclusivamente de familias burguesas, cuyos padres eran pequeños empresarios, funcionarios —el instituto se encontraba muy cerca de diversas administraciones públicas— abogados, médicos, dentistas, etc.; entre mis compañeros de clase hubo solamente una excepción, el hijo de un trabajador que abandonó el instituto dos

defendían esta opción en cada época histórica. Los resultados del proceso de democratización se reflejan también en las posibilidades y límites que existieron para los profesores de tendencias sádicas de manifestar esta inclinación personal en el *Gymnasium* de 1978, bien diferentes de las estructuras institucionales en 1928.

Esta comparación requiere de unas reflexiones previas. En un nivel fenomenológico, el enunciado de que existieron y siguen existiendo personas sádicas, es decir, personas que disfrutaban con la humillación de otros seres humanos, y que algunas de estas personas son profesores, encontraría probablemente muy pocas contradicciones. En todas las épocas, en todos los niveles educativos, en todos los países existen profesores que ante la posibilidad de tomar diferentes decisiones que afectan a sus alumnos eligen siempre la opción que más desagradable o humillante resulte para ellos. El propósito de la presente reflexión no es el establecimiento de una tipología de profesores y el pronunciamiento de enunciations sobre la distribución estadística de los diferentes tipos de escuelas y tampoco la investigación de las razones del por qué una persona actúa como un profesor con tendencias cercanas al sadismo. La presuposición de la existencia de este fenómeno en un docente constituye una condición previa imprescindible, aunque solamente heurística, para poder proceder al análisis estructural histórico y comparativo, independientemente de los posibles enfoques para su explicación.

Una coincidencia negativa llama la atención: en el relato de Andersch no se mencionan nunca eventuales actos físicamente violentos por parte de los profesores contra sus alumnos; la crueldad del director se manifiesta exclusivamente como maltrato psíquico, consecuencia de las amplias competencias que le otorgaba el sistema educativo existente en su época. En 1978, los profesores tampoco cometían abusos físicos contra sus alumnos, si obviamos la mala costumbre del catedrático Forster de tirar trozos de tiza a las cabezas de alumnos que no le prestaban atención. Pero aún en este caso, el dolor físico era bastante reducido, mientras que la agresión psíquica era importante.

Quizá, la referencia a algunos acontecimientos y a algunas anécdotas baste para iluminar la oscura frontera que separó en

1978 el comportamiento sádico aún aceptado de un profesor de los actos ya inaceptables, lo que pondría de manifiesto las marcadas diferencias históricas. Al final de la clase a la que hacíamos mención al principio, al profesor Forster le habría correspondido jurídicamente el derecho a sancionar directamente el insulto de su alumno con un aviso formal o incluso a informar al director de la escuela sobre este incidente, solicitando una sanción aún más severa para Elmar. Sin embargo, no lo hizo, ignorando oficialmente este comportamiento, mostrando excepcionalmente un cierto sentido de humor. Pero quizás no fue su sentido de humor lo que motivó la renuncia a la posible sanción, sino el recuerdo de otro acontecimiento reciente que le hizo parecer más recomendable ser cauteloso en lo que implicase dejar constancia oficial de su conflicto con un alumno. Solamente unos meses antes, la administración escolar había suspendido a un profesor del instituto de sus funciones. En los años anteriores, este profesor se había convertido en un personaje conocido en el instituto gracias al número inexplicablemente elevado de sanciones oficiales con las que castigaba, no solamente a los alumnos de su clase, sino a todos los alumnos del instituto. Después de que algunos de sus alumnos habían empezado a hacer públicas las excéntricas declaraciones y las argumentaciones irracionales que vertía en la clase para justificar la aplicación de sus sanciones, algunos padres solicitaron su examen psiquiátrico.

El director del instituto y el inspector escolar competente aceptaron esta solicitud, ordenando al profesor en cuestión a someterse a este examen. Cuando este profesor se negó a cumplir con esta instrucción, presentándose en su clase el día establecido para el examen médico, la dirección recurrió a la policía para expulsar al profesor de la escuela. A pesar de que se pudo explicar el comportamiento del profesor suspendido por el inicio de una enfermedad psíquica —una fuerte manía persecutoria— quedó desde ese momento establecido un cierto límite para el número de sanciones y suspensos que un solo profesor podría aplicar a sus alumnos. El profesor Forster, sádico, pero carente de una enfermedad psíquica diagnosticable, evitó siempre sobrepasar la cuota que implícitamente había quedado establecida para suspensos y sanciones. Aún así, condenó aproximadamente el 10%

de los alumnos de todas sus clases a repetir curso o al abandono del instituto.

No obstante, aunque algunos elementos del autoritarismo del año 1928 y de la época dictatorial posterior seguían vivos en 1978, se puede constatar que el paso del tiempo, en especial el proceso de democratización paulatina después de 1945 y la rebelión estudiantil de 1968, habían tenido sus efectos sobre las normas que determinaban el comportamiento de los profesores. En referencia a una de las preguntas principales de este ensayo, es decir, las variaciones his-

Los resultados del proceso de democratización se reflejan también en las posibilidades y límites que existieron para los profesores de tendencias sádicas de manifestar esta inclinación personal en el *Gymnasium* de 1978, bien diferentes de las estructuras institucionales en 1928.

tóricas en las limitaciones institucionales de comportamientos agresivos por parte de los docentes, se puede concluir que tanto la normativa oficial en forma de la legislación escolar —que no ha sido objeto de este estudio— como las reglas no escritas, que se intentaron ilustrar con el ejemplo anterior, limitaron las posibilidades de un profesor en 1978 de actuar cruelmente contra sus alumnos en un grado mayor que en 1928, aunque esto no signifique una diferencia esencial entre los instrumentos sancionadores existentes en cada época. La relegación de un alumno, utilizada sin escrúpulos por el director en el relato de Andersch, siguió existiendo en 1978 como pena máxima, aunque no se aplicó casi nunca en esta época. Las crueldades de algunos profesores en 1978 no se concentraron en un momento específico, sino que se practicaron durante mucho tiempo, teniendo casi siempre la con-

secuencia intencionada de conseguir que el alumno aceptase su insuficiencia académica y provocando su abandono voluntario del instituto.

Unas citas y una pregunta de Andersch

«Si los demás pueblos viven en una situación de bienestar o si se mueren de hambre, me interesa solamente en función de que los necesitemos como esclavos para nuestra cultura, no tengo otro interés por el asunto. Si 10.000 mujeres rusas se desploman de agotamiento o no durante la construcción de un foso antitanque, solamente me interesa para que terminen el foso antitanque para Alemania. ... Después de la guerra se podrá constatar qué bendición había



Estas palabras del hijo del rector del Witelshacher Gymnasium, Gebhard Himmler, se pronunciaron a finales de 1943 delante de una reunión de comandantes de la SS en Posen; su asignación a la persona de Heinrich Himmler es incuestionable, porque fueron grabadas y una transcripción del discurso fue enviada a los más altos cargos de la SS, incluso a algunos que no presenciaron el discurso. El texto original del discurso se encuentra entre las actas del tribunal militar de Nuremberg y seguramente habría sido utilizado como una prueba principal para condenar a su autor a la horca, si éste no se hubiese escapado de la justicia suicidándose. No queda ninguna duda: Heinrich Himmler es el mayor criminal de la historia de la humanidad, tratándose del «ma-



tino...? Confieso que no puedo contestar estas preguntas... Finalmente, permítanme el comentario sobre el que sería importante reflexionar, el hecho de que Heinrich Himmler —y mis memorias lo están demostrando— no ha crecido, como el hombre a cuya hipnosis ha sucumbido, en el lumpenproletariado, sino en una familia perteneciente a la vieja burguesía humanísticamente bien educada. ¿No protege el humanismo contra nada? Esta cuestión puede llevarle a uno a la desesperación (Andersch 1993: 133 - 135).

Un intento de explicación y algo de perplejidad

El autor se permite a sí mismo la confesión socrática de su ignorancia del contexto en-

sido para Alemania que encerremos toda esta chusma criminal que pertenece al pueblo alemán en campos de concentración a pesar de todas estas bobadas humanitarias. ... También quiero mencionar públicamente, delante de Ustedes, un capítulo extraordinariamente difícil. Entre nosotros tenemos que hablar una sola vez y abiertamente, aunque nunca hablaremos de ello en público... Me refiero a la evacuación de los judíos, el exterminio del pueblo judío. La mayoría de vosotros sabrá qué significa, si 100 cadáveres están tumbados juntos, si 500 están allí o 1000. Haber aguantado esto y haber seguido siendo personas decentes —con la excepción de algunas, muy pocas debilidades humanas— nos ha hecho duros» (Heinrich Himmler: 1943).

yor destructor de vida humana que haya existido jamás» (Andersch 1993: 134).

La única referencia a este hecho histórico que encontramos en la novela de Andersch es el título, la perspectiva del relato se limita a la del alter ego del autor, el alumno Franz Kien en el año 1928. Sin embargo, Andersch mismo remite en su epílogo a interesantes cuestiones que se derivan de su narración:

¿Estaba el viejo Himmler predestinado a convertirse en el padre del joven? ¿Tenía que nacer tal hijo de tal padre con una «necesidad natural»...? ¿Fueron ambos, padre e hijo, los productos de un determinado entorno y de una situación política o, al contrario, las víctimas del des-

tre el monstruo y su padre, el profesor y director de escuela. Teniendo en cuenta el contenido de su relato, este enunciado se puede considerar correcto y falso al mismo tiempo. Aunque el escritor no haya elaborado en su relato un sistema conceptual que permita la asimilación y la comprensión completa del fenómeno, se esconden detrás de sus líneas numerosas referencias a las condiciones sociales y políticas imprescindibles para el origen de la catástrofe que sucedió posteriormente. Investigadores del holocausto hablan recientemente de una coincidencia cronológica y material de diferentes niveles que, solamente en su conjunto, fueron determinantes para originar esta catástrofe⁹. La novela de Andersch se adelanta a estos análisis teóricos del genocidio, en

los que destacan algunos fenómenos, que suponen las condiciones previas sine qua non en un intento de explicación de la génesis de la shoa:

- La estructura extremadamente jerárquica de la sociedad alemana de 1928 y, consiguientemente, el *autoritarismo* reinante, se manifiesta en la novela de Andersch, tanto en la descripción de las actuaciones del director y del profesor en la clase, como también en la reproducción de las reglas de comportamiento válidas para los alumnos. Esta «educación para la docilidad» a la que hace mención, que ha nacido históricamente como consecuencia de la expansión de los valores militaristas prusianos al resto de los territorios alemanes, se afirma a sí misma con la aplicación de las sanciones más severas contra aquellos que se atreven a cuestionarla, sólo ligeramente, con su comportamiento, como los desafortunados alumnos Von Greiff y Kien en nuestro ejemplo literario. Evidentemente, hay que entender, como indica Adorno, que la explicación del nacionalsocialismo y del holocausto identificándola con el «espíritu alemán, tan dócil a la autoridad» (Adorno 1998: 82) es una afirmación demasiado superficial que requiere de reflexiones adicionales. Pero la tendencia de un número considerable de alemanes de esta época a someterse a la autoridad formal de otras personas y obedecer sus órdenes sin reflexionar sobre sus consecuencias morales, constituye, sin duda, uno de los pilares más importantes, en los que el régimen nacionalsocialista podía basar el ejercicio inhumano de su poder.

- No obstante, el autoritarismo aisladamente no hubiese conducido a la barbarie sin la existencia simultánea de otros factores. Una de estas condiciones adicionales es la tradición del *antisemitismo*, un fenómeno social que no solamente se produjo en el imperio alemán. Resultado, en el fondo, de la incapacidad histórica de ciertas sociedades de soportar y convivir con algunos grupos minoritarios que no profesaban creencias mayoritarias y que se resistían a la conversión. Existen en el campo de la teoría cultural reflexiones muy profundas de George Steiner en las que explica el recelo social hacia los judíos nombrando las tres impertinencias intelectuales perpetradas por este pueblo. Steiner menciona, en este contexto, la exigencia del

amor al prójimo, defendida por el judío Jesús, la idea de la igualdad económica de todos los seres humanos, aboliendo la propiedad privada, concebida por el judío alemán Karl Marx, y el descubrimiento de la dependencia de la voluntad humana de procesos inconscientes, descrito por otro judío alemán, Sigmund Freud (vid. Steiner 2002). Andersch refleja en su novela los resentimientos existentes en algunos estratos de la sociedad muniquense del año 1928 en toda su diversidad. Mientras que el padre de Franz Kien comparte las ideas racistas del joven Himmler, aunque aceptando el matiz de que existen también algunos judíos decentes, como por ejemplo el amigo judío de su hijo, tanto Franz como el viejo Himmler, tan opuestos en otros contextos, no se unen a esta tendencia. El narrador presenta incluso este punto, es decir, la negación de Himmler padre a aceptar y a compartir los prejuicios racistas de su hijo, como uno de los mayores puntos de conflicto que generan controversias en las relaciones personales entre las dos generaciones. La descripción del conflicto personal entre padre e hijo conduce a las cuestiones ya mencionadas que el autor resume brevemente en su epílogo. Por una parte, el «Rex» Himmler representa algunos factores indudablemente responsables de la barbarie posterior, factores como su rígido autoritarismo y el sadismo psíquico contra algunos de sus alumnos, hechos que suceden en el contexto de instituciones que no los limitan, por otra parte, no comparte el antisemitismo de los círculos sociales que le rodean, oponiéndose con fuerza al racismo de su hijo. Por lo tanto, siguiendo el argumento de la obra, el instinto asesino de Heinrich Himmler en contra de sus compatriotas judíos no se nutre del ejemplo de su padre, sino que nace de su complejo de Edipo, de su oposición contra el padre. Desafortunadamente, Andersch no aclara en su narración la génesis del sentimiento antisemita en el joven Himmler, en consonancia con la perspectiva elegida por un estudiante adolescente. Solamente manifiesta incompreensión, quizás la postura más adecuada, no sólo para un adolescente de la época, sino también para un adulto contemporáneo decente y, posiblemente, un historiador actual, aunque esta idea precisa ser matizada en la parte final de este artículo.

- La *frustración* de amplios sectores de la sociedad alemana como consecuencia de la Primera Guerra Mundial perdida. El anuncio del nuevo gobierno alemán del 3 de octubre de 1918 respecto a la solicitud del armisticio, basado en los 14 puntos del presidente norteamericano Wilson para una paz justa, sorprendió a la mayoría de la población alemana que había estado expuesta a la propaganda bélica engañosa del gobierno imperial durante cuatro años. La rapidez inexplicable del colapso sin una retirada anterior del ejército alemán de los frentes o la

Evidentemente, hay que entender, como indica Adorno, que la explicación del nacionalsocialismo y del holocausto identificándola con el «espíritu alemán, tan dócil a la autoridad» (Adorno 1998: 82) es una afirmación demasiado superficial que requiere de reflexiones adicionales.

ocupación de territorio alemán por parte de las tropas aliadas contribuyó a la «leyenda de la puñalada por la espalda»: el ejército invicto en el campo de batalla había sido «apuñalado» debido a la traición de los judíos y bolcheviques. La coincidencia entre la abdicación del emperador después de motines y protestas populares y la proclamación de la república por parte del nuevo gobierno socialdemócrata, habiendo sido nombrado Friedrich Ebert nuevo canciller, podía reforzar la impresión de que los verdaderamente beneficiados por la derrota fuesen los socialistas (Schwanitz 2000: 214). De esta manera se sumó un nuevo capítulo a la historia del desarrollo poco afortunado del nacionalismo alemán que destacó – al contrario que en el caso de otras naciones europeas, como Inglaterra y Francia, por ejemplo – por su enemistad hacia la idea de la democracia. El tratado de paz de Versalles que am-

putó Alemania, la humilló declarándola culpable de la guerra, que impuso fuertes cargas de reparación y limitó su soberanía nacional, fue otra de las razones que impidieron que la burguesía alemana se identificase con la nueva democracia. Además de este tratado, también la crisis económica mundial contribuyó al ascenso de los nacionalsocialistas. La novela de Andersch contiene, como se destacó en el resumen de su obra, numerosas referencias a esta situación histórica que se refleja, sobre todo, en la reproducción de las opiniones de los protagonistas del relato. Para recordar algunos de los pasajes más importantes en este sentido, hay que mencionar la opinión del «Rex» sobre la falta de disciplina militar de sus alumnos, debido a la limitación del ejército alemán a 100.000 soldados, el comentario de Kien sobre las actitudes «nacionales» de los padres de todos sus compañeros de clase, incluyendo a los judíos y, sobre todo, lo que nos cuenta de su padre. Este personaje de la novela representa en su biografía todos los factores responsables de la catástrofe posterior: es autoritario, en cuanto que es fruto de una educación burguesa en el imperio de la anteguerra y militar experimentado, antisemita, aunque no radical, compartiendo la tesis mayoritaria de la culpabilidad de los judíos para la derrota en la guerra, y, ante todo, mantiene un estado de frustración. Cumpliendo con sus obligaciones como soldado, no solamente ha perdido la salud, sino también su estatus económico, sufriendo doblemen-

te tanto la crisis económica que se está acercando como las heridas contraídas en la guerra que le incapacitan para el trabajo. Como la frustración de este hombre, probablemente aún mayor después de la relegación de sus dos hijos de la escuela, se convierte en el deseo de encontrar la salvación nacional y personal, se describe de una manera magistral. Como toda obra maestra, la novela corta de Andersch remite a cuestiones fundamentales mucho más allá de su contenido aparente; entre los diferentes temas que abarca, destaca sobre todo este reflejo de la condición alemana en la posguerra que la condujo a la catástrofe.

Para completar lo expuesto con anterioridad, es preciso añadir que los historiadores del holocausto mencionan también algunas condiciones previas de esta barbarie que no se reflejan en la novela corta de Andersch, porque son posteriores al año de su obra, en la que se resalta cuidadosamente el nivel de la construcción temporal. Entre estas razones, destacan la estructura fragmentada del estado nacionalsocialista, en el que existían simultáneamente diferentes agencias de poder que actuaban sin coordinación y conocimiento mutuo, y la transformación de la campaña militar contra la Unión Soviética en una guerra de eliminación étnica, cuando se produjeron las primeras derrotas alemanas en el frente oriental.

¿Qué conclusiones podemos sacar de la novela de Andersch? En primer lugar, qui-

zás, la sensación de que las condiciones de una sociedad enferma se reflejan en su sistema escolar. Una institución educativa que permite con una cierta facilidad la actuación autoritaria y cruel de un docente contra sus alumnos puede interpretarse como el presagio de una catástrofe posterior. Sistemas sociales democráticos disponen en sus sistemas educativos de mecanismos que limitan, en mayor grado, este tipo de actuación y se muestran, en consecuencia, también más protegidos, aunque no inmunes, contra las tentaciones totalitarias. No obstante, la ignorancia, que Andersch nos confiesa, con relación a ciertas cuestiones básicas que se derivan de su relato, también se puede trasladar a la pregunta fundamental, que está detrás de la novela: ¿Cómo ha sido posible? ¿Qué es lo que ha llevado a un pueblo desarrollado, civilizado y culto, la patria de los poetas y pensadores, a caer en la barbarie absoluta? Después de todas las explicaciones que se reflejan también de una manera magistral en el relato corto de Andersch, queda aún algo de perplejidad. No se trata de la incapacidad intelectual de asumir el pasado cruel y de analizar sus posibles causas, sino más bien de un rechazo emocional absoluto que implica la negación de la comprensión completa. En el fondo, queda un resto misterioso, un algo que falta para que la explicación parezca satisfactoria. Y perplejidad. Perplejidad ante la ilimitada capacidad destructiva del ser humano.

Agradecimiento

La redacción de la versión final de este texto se ha beneficiado de las lecturas, los comentarios y las correcciones de María Eugenia Sánchez Reboiro, por lo que nuestro desde aquí mi más sincero agradecimiento.

Referencias bibliográficas:

- Adorno, Th.W. (1998): *Educación para la emancipación*, Ediciones Morata, Madrid.
- Andersch, A. (1993, 1ª ed 1980), *Der Vater eines Mörders*, Diogenes Verlag AG, Zurich.
- Foucault, M. (2000), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI de España, Madrid.
- Himmler, Heinrich (1943), discurso del 4 de octubre de 1943 en Posen, delante de comandantes de la SS, citado según <http://www.nationalsozialismus.de/dokumente/texte/heinrich-himmler-posener-rede-vom-04-10-1943-volltext.html> [Consulta del 24/09/2011]
- López de la Vieja, M^a T. (1999): Argumentos densos, en *Enrahonar* 30, 45–55.
- Müller, H.M. (1996), *Schlaglichter der deutschen Geschichte*, Bibliographisches Institut & F.A. Brockhaus AG, Mannheim.
- Pohl, D. (2000), *Holocaust. Die Ursachen, das Geschehen, die Folgen*, Herder, Freiburg.
- Schwanzitz, D. (2000), *Die Geschichte Europas*, Eichborn AG, Frankfurt am Main
- Steiner, G. (2002), *Errata – Bilanz eines Lebens*, dtv, Frankfurt am Main.
- Notas**
1. Instituto de educación secundaria en Alemania que lleva al «Abitur», es decir, a los exámenes finales cuya aprobación constituye la condición previa para el acceso a la universidad.
 2. Personalmente puedo confirmar que me enteré solamente después de mi salida de este instituto de que el padre de un personaje muy famoso había sido director de la escuela en los años veinte.
 3. Vid López de la Vieja 1999.
 4. De hecho se trata de un mote que aún hoy en día se está utilizando para denominar al director de una escuela secundaria en Munich. Probablemente se debe tanto a una mutilación de la palabra «Direktor» como a la intención de reflejar y parodiar con la palabra latina para «rey» el poder casi real que la institución otorga a esta figura.
 5. El NSDAP ganó el 37,8% de los votos en las elecciones al parlamento del 31 de julio de 1932, y en las elecciones del 5 de marzo de 1933, ya no totalmente libres y caracterizadas por el terror del NSDAP contra el partido comunista y socialdemócrata, ganó el 43,9%. Vid Müller 1996: 254s.
 6. Técnicamente, un *Gymnasium* es una escuela secundaria, pero tratándose del único tipo de escuela secundaria, cuyos exámenes finales otorgan el derecho de acudir a una universidad, se puede encontrar en la literatura alemana frecuentemente el concepto de «escuela superior» para referirse a estos institutos, un término que correspondería según una interpretación rígida de la nomenclatura internacional solamente a la universidad.
 7. Christlich-Soziale Union = Unión cristiano social.
 8. Prohibición de ejercer la profesión. Se refiere a la práctica de las administraciones públicas alemanas de negar el status de funcionario a personas de cuya fidelidad a la Ley Fundamental de la República Federal Alemana se podía dudar. La afiliación al partido comunista – representante de los intereses de la República Democrática Alemana – o la manifestación pública de opiniones coincidentes con posturas defendidas por este partido fundamentaron en toda regla dudas en esta fidelidad. El procedimiento del control de todos los aspirantes a un puesto de funcionario por parte de una agencia secreta, la llamada Agencia para la Protección de la Constitución, puede parecer absurdo hoy en día, pero tiene que entenderse ante el fondo de la guerra fría de estos años. Vid <http://www.hdg.de/lemo/html/Das-GeteilteDeutschland/KontinuitaetUndWandel/NeueOstpolitik/extremistenbeschluss.html> [Consulta del 24/09/2011].
 9. vid Pohl 2000.